

Flérida de Garcilaso. Jerez tiene algunas cosas de interés para el viajero: una catedral barroca y una media docena de casas señoriales, pues es un pueblo de muchos títulos, de los cuales se muestra muy orgulloso, lo mismo que de ser la patria del infortunado Primo de Rivera. A nosotros se nos fué el día en la obligada visita a las bodegas de Domecq y a las caballerizas de no recuerdo cual empingorotado señor andaluz, donde vimos los más hermosos caballos del mundo, enjaezados al estilo de la región. Dormimos esa noche en Los Cisnes, precioso hotelito que recomiendo, agradecido y encantado de la limpieza, de lo módico de los precios, de la comida excelente y del grato frescor del jardín, verdadera pajarrera que no tiene más inconveniente que el de comenzar demasiado temprano sus conciertos, aunque aquella mañana no nos pesó en absoluto, pues debíamos tomar el auto para Ronda y así pudimos recorrer con la fresca aquel camino delicioso, bordeado a trechos de viñedos y trigales, y aquellos pueblecitos de nombre y aspecto arábigos, medio dormidos a esa hora en los recuestos de la serranía, sin otro signo de vida que el trajín del panadero o la salida al campo de los segadores. Aprovechando una parada en Algodonales y los servicios del Enano del pueblo, visitamos la iglesita principal desde cuyo atrio se tiene una vista preciosa sobre la montaña; pero lo que recordamos con más gusto de ese viaje es la sensación que da Zahara, un lugarejo morisco encaramado sobre un hosco picacho atalayando con su torre ruinosa el horizonte como en espera del enemigo.

A medio día llegamos a Ronda, cuyo tajo formidable divide las dos ciudades: la vieja, que data de los moros, y la nueva, que viene de los Reyes Católicos, esto es, un poco antes del descubrimiento de nuestra América. Nosotros que acabábamos de dejar a Boston entregada a las celebraciones del tercentenario de su fundación, muy orgullosa de sus tradiciones puritanas y muy creída en su antigüedad, no pudimos reprimir una sonrisa viendo que lo que allá se llama nuevo pasa aquí por viejo.

Ronda tiene la primera plaza de toros que se edificó en España, honor que compara en importancia sólo con Palencia, cuyos Estudios fueron la primera Universidad española. Tiene además la Casa del Rey Moro, la de Mondragón, de lindos artesonados mudéjares, Santa María la Mayor, que fué antes mezquita, y sobre todo un parque edificado sobre el abismo que domina el paisaje más original y bravo de toda Andalucía.

De allí pasamos a Granada, que es todo lo contrario, o sea, suavidad de línea y de color, dulzura de ambiente como en ninguna parte del mundo, una vega riquísima en aguas que bajan de lo alto de la sierra, frescas, claras y puras, para decirlo con un verso de Petrarca, una Alhambra que es una maravilla y un Generalife que es un lugar de delicias inefables; pero no quiero ni hablar de estas cosas por miedo de que me pase lo que al último rey moro. ¡Y cómo nos explicamos esas sus lágrimas la mañana que tuvimos que salir nosotros también

de aquel paraíso! El único consuelo era de que llegando a Sevilla, la odalisca del Guadalquivir, fragante de azahares y jazmines, nos hiciera olvidar un poco a la bella sultana del Genil.

El trayecto resultó de lo más entretenido e interesante, con paradas en Santa Fe, la de las Capitulaciones entre doña Isabel y don Cristóbal, Loja, la de los roscos, más dulces que los versos de Lorca y menos enrevesados, Archidona, Antequera, donde hay una Colegiata bonita con la tumba de Rodrigo de Narváez, el de la historia del abencerraje y la hermosa Jarifa, Osuna, con el panteón de sus duques, aunque pequeño mucho más impresionante que el del Escorial, Alcalá de Guadaíra o de los Caballeros, con su castillo y la fama de sus acciunadas gordales.

Sobre las seis de la tarde llegamos a Sevilla y allí acabamos de perder el sentido. El Alcázar, la Catedral, la Giralda, el barrio de Santa Cruz de noche, la calle de las Sierpes en la tarde, los paseos, son cosas imposibles de olvidar por mucho tiempo. No sé ni cómo pudimos ir a ver a don Cristóbal Bermúdez en su retiro del Archivo de Indias, pero las horas pasadas en aquellas salas de austero estilo herreriano, entre papeles viejos que hacen las delicias de usted y de otros estudiosos de nuestra historia colonial, han sido de las mejor empleadas de nuestra peregrinación por España.

Otra dolorosa arrancada y nos marchamos a Córdoba, ciudad de sabios y artistas bajo Roma e Islam, donde hoy pontifica rodeado de admiradores, desde un café de la calle del Conde Gondomar, el Guerrita, último representante de una escuela de toreo que pronto será, según dicen los entendidos, una cosa más del pasado, algo como los Sénecas, Lucano, Avenzoar, Averroes, de quienes nadie se acuerda ya, ni siquiera para levantarles estatuas, lo cual quizá sea una ventaja, a juzgar por algunos monumentos a celebridades modernas, probablemente de más calibre, en que se ha derrochado el mármol y el bronce. Pero mejor es no hablar de esto y echarnos a recorrer otra vez, aunque no sea más que en la imaginación, aquellas plazuelas y callecitas rumorosas de comercio en los días de los Califas, por las cuales no pasan en los nuestros más que las horas y alguno que otro borriquillo abrumado bajo el peso de sus serones. En noches de luna pasear por ellas es un encanto y descubrir de pronto en una esquina, dentro de la pared morisca, una virgen de ojos gitanos que alumbrá con mortecina luz un farol. De la Mezquita prefiero no decir nada. A qué profanar con lugares comunes de esos que se leen en las guías del turismo, aquel bellissimo sueño de Oriente, aquel bosque de columnas magníficas en que habría que entrar descalzo y tocada la cabeza del turbante musulmán y en que hoy corretean únicamente beatas y turistas.

Madrid fué durante dos semanas nuestro cuartel general. De allí fuimos a Aranjuez, al Escorial, a Toledo, donde la suerte nos deparó el mejor de los guías que puede desearse en la interesantísima persona de Félix Urabayen,

autor de varios libros sobre la ciudad imperial. Urabayen nos ciceroneó deliciosamente por entre las naves de la Catedral que él ha descrito de mano maestra en *Los Senderos del Mundo Creyente*, por el claustro, las Claverías y las innumerables capillas de la Primada, al mismo tiempo que nos contaba anécdotas y chismes del ilustre Cabildo y de los grandes cardenales que duermen su sueño bajo sencillas lápidas o dentro de espléndidas tumbas. Con él fuimos en la tarde a la ermita de la Virgen del Valle, fuera de Toledo, desde donde se tiene una vista única sobre el río y la ciudad, a los Cigarrales, al Cristo de la Vega, el del brazo desclavado que cantó Zorrilla. Al día siguiente, después de oír misa en la capilla mozárabe, visitamos la casa del Greco, la Sinagoga del Tránsito, la de Santa María la Blanca, la Mezquita del Cristo de la Luz y el Alcázar. Iba a olvidar Santo Tomé con su famoso Entierro del Conde de Orgaz que, aunque impresionante, yo pongo después, para mi gusto se entiende, del Expolio bellissimo que guardan en la Catedral.

Toledo, Segovia y Santiago de Compostela se disputan la primacía entre nuestros recuerdos de España, sin que esto quiera decir que Avila dejase de impresionarnos con su aire de fortaleza medioeval, Salamanca con su fino plateresco y su color de oro viejo, Burgos con su Catedral, tal vez la más bella de España bajo el punto de vista puramente arquitectónico, León con la suya tan linda, tan esbelta y tan bien iluminada del sol a través de sus maravillosas vidrieras. La verdad es que en España resulta difícil señalar preferencias, pues aun pueblos chicos, no digamos una Santillana del Mar, pero hasta un lugarejo cualquiera como Riaza, perdido en las soledades de Castilla la Vieja, atraen con insospechables bellezas.

Segovia es quizás más de mi gusto que Toledo, porque menos visitada conserva mejor su aire de distinción señorial, su gesto de reina de Castilla, recluida en las alturas del Alcázar, ese divino Alcázar que parece más bien un barco que fuera partiendo con la proa las aguas del Eresma y del Clamores; porque tiene toda ella un color como de miel y una vista única en el mundo, sobre un paisaje suave, de un lado la llanura castellana, del otro la noble Sierra del Guadarrama con sus pinos y aquella su Mujer Muerta que da—los brazos cruzados sobre el pecho y los pies descansando como sobre el lebril de los sepulcros góticos—una impresión romántica, indefinible, imposible de olvidar. Cuatro días dedicamos a ver esto y su acueducto maravilloso y su linda Catedral y una serie de preciosas iglesitas románticas, San Esteban, San Martín, San Millán, y naturalmente El Parral y la Vera Cruz de los antiguos Templarios. De allí fuimos el día de Santiago a ver las aguas de la Granja que dejan atrás a las de Versalles. Baste decir que una de las fuentes, creo que La Fama, arroja un chorro a cuarenta y siete pies de altura.

Madrid, tengo que decirle francamente, que aunque me gustó por el carácter